

AMIGOS:

Agradezco este gesto de pura amistad que me conmueve, cumplido cuando ya estoy en la recta final y cuando no tengo nada para dar u ofrecer.

Pero no quiero empezar haciendo la tradicional y falsa muestra de humildad que se estila en estos casos: "Yo no me merezco este homenaje. Hay personas mejores que yo. Bla...bla...bla..."

No, ya ustedes dijeron que lo merecía y no lo voy a discutir y menos cuando sé que en este acto solo juega el corazón.

Pero qué más puedo decir en esta tarde de cálidos afectos que, además, es para mí la de los balances y los lugares comunes que saltan cuando un viejo trata de hacer una historia personal de su larga vida. "Traté de...traté de hacerlo, pero...lo hice, pero..."

Por eso esas palabras no son otra cosa que el resultado de las excusas por lo que hice o dejé de hacer; o sea, en síntesis, que hoy trato de hacer un viaje al pasado con las manos vacías y desnudo como llegué al mundo.

Así, a los diez años, traté de navegar con el Capitán Nemo en su viaje submarino de 20.000 leguas; o acompañé a Sandókan en su lucha con los piratas de la Malasia, o lloré la muerte, aparente, de Blanca Nieves en un bosque, rodeada de las lágrimas de sus siete enanos.

Luego, a los quince, traté de irme con mi Universidad a Suecia a un campeonato mundial de gimnasia rítmica y mi padrino, a quien le debo, con Florentina, la mejor parte de lo que soy, me dijo: "Carlos, los pobres no tienen derecho a soñar". Dura y triste enseñanza porque yo, en ese entonces, solo, como el más avaro de todos, atesoraba sueños y perplejidades.

A los veinte traté de ser corredor de gran fondo, pero mi padre estaba enfermo y alguien tenía que coger las riendas de una casa grande, con una mamá linda y chiquita y un ejército de hermanos pequeños.

Traté de ser médico y esa enfermiza vocación se quedó metida en lo más hondo de mí y aun hoy se me aparece en sueños y me hace suspirar. Pero mi padre quería otra cosa, y ni siquiera me lo dijo a mí, sino a mi madre: "Si Carlos no estudia derecho, que se salga a trabajar".

Por eso traté de fracasar en la Escuela de Derecho y tampoco pude lograr mi empeño porque no sabía ser mal estudiante; y terminé como un buen alumno. Si, bueno no más, pero nada del otro mundo, porque las novelas, hasta el desvelo, desde entonces fueron mi prioridad número uno A.

Mi padre, consciente del descontrol que sufría, me hizo elegir, por sus amigos del Tribunal Superior, Juez Civil del Circuito de Andes. Y allí, a

pesar de que mis primeros amigos fueron los médicos (a quienes acompañé en operaciones, necropsias, partos y suturas) el deber me llamó al orden y entré de lleno al oficio y se produjo el milagro. El gran milagro de mi vida que hizo germinar en mí el sentido de justicia y borró el mal recuerdo de algo que decían mis amigos de último año de Facultad y que me parecía frustrante: “Consigámonos un Juzgadito cualquiera para escamparnos mientras logramos algo más decente y representativo”. En Andes, a pesar de todo, nació el Juez y esa vocación se quedará conmigo hasta el final. Vocación que me ha permitido sentirme alguien, porque creo que un espíritu, un hado, un Dios complaciente, así lo quiso o lo quisieron.

Y sentí en carne propia que la justicia era un sacerdocio, y que los Jueces éramos sus oficiantes y partes de los designios de un Ser Supremo. Por eso traté, en todo momento, de acertar, y si no lo logré del todo, se debió a que soy un simple ser humano. Pero sí reconozco que entendí mi misión como dura, exigente y comprometedora al máximo.

Viví y sufrí cerca de cuarenta años esa misión y no me quedó remordimiento alguno, porque ese era el ejercicio de mi libertad. No requería de escoltas ni de guardaespaldas. Los tuve y los toleré por exigencias del servicio, ya que seguía pensando que no le debía nada nadie. Todo eso, porque estaba protegido con un juramento y por la Fe.

Fue, como lo dije, cuarenta años: cuatro y medio de Juez Civil del Circuito, doce en el Tribunal Administrativo de Antioquia, veinte en el Consejo de Estado y dos o tres en el Ministerio Público como Personero Delegado en lo Civil de esta ciudad. Mantuve siempre la aspiración de que nadie me señalara con el dedo al pasar, y creo, sin falso orgullo, que también lo logré; creo que me salvé en el holocausto del Palacio de Justicia, por mi bajo perfil y porque nadie sabía que yo era el Presidente del Consejo de Estado.

No busqué nada distinto en mi oficio, ni fama, ni dinero, ni reconocimientos o pergaminos. Los pechos cuajados de estrellas u oropeles no me desvelan; y no aspiré ni busqué otros privilegios, porque a mí me pagaban por hacer lo que tenía que hacer en la mejor forma posible.

Sobre la poca remuneración de los primeros años, no me quejo, porque a mí no me preocupaba eso, aunque al final del mes tuviera que saltar matones; y en esa locura, mi señora era mi llave, porque además era mi amiga y sabía que se había unido a un pobre poeta que ni siquiera sabía escribir versos y menos cumplir hazañas de caballero de andante.

Por eso, este homenaje rebasa mis sueños, borra frustraciones y me hace mirar a la amistad en su mejor cara, ya que los amigos son otro invento de Dios.

Traté de ser un buen esposo y un buen padre, y aquí me quedan dudas. Monógamo por convicción y por justicia, aunque mis amigos se burlen un poco de esto. Jugué poco con mis hijos y no tanto como ellos lo requerían; y aún me duelen estos silencios. Me faltó abrazarlos más. Siento tristeza aun al recordar los repetidos gritos, mudos, de mi señora y mujer: “Abrazame duro que hoy, más que nunca, solo necesito sentir el calor de tu piel”.

Mis hijos y mi nuera, lo reconozco, llenan hoy mis vacíos y lo hacen con amor, pero sin aspavientos. David, el de las motos, me mandó un hermoso ramo de flores del tamaño de una catedral.

En fin, traté de ser mejor, y eso no es fácil. Traté de ayudar a los demás como retribución de las ayudas que recibí a manos llenas de propios y extraños.

Entendí ligero que las cosas no llueven gratuitamente del Cielo, sino que están en esta lucha perpetua para poderlas repartir luego, por igual, entre todos. Traté de ser amigo de mis amigos y, aunque parezca insólito, en este medio que dice ser Católico, y que para mí es profundamente anticristiano, traté de ser también amigo de mis enemigos.

Enviudé hace rato. ¡Cómo duelo el vacío! pero la vida sigue. Luego, mucho más viejo, volví a sentir maripositas en el estómago, hasta que las saqué volando porque yo ya no daba equilibrios y no era justo.

Traté, otro día, de escribir teatro, pero me convencí que con simples lecturas, así fuera de los mejores autores, no lograría nada. El teatro clásico griego me dio la razón para que saliera corriendo; y yo no tenía coros ni máscaras y el teatro de Epidauró estaba lejos. Lo mismo sucedió con la poesía, porque un día supe que con un corazón cursi y llorón como el mío no podía superar siquiera a Corín Tellado. Traté de escribir cuentos y el borrador, clandestino, que tenía listo para la imprenta, se quemó con mi autoestima en el Palacio de Justicia en noviembre de 1985. Fecha que me hizo afirmar que ese día los Jueces no éramos más que un montón de basura en mitad de dos violencias absurdas enfrentadas, la militar y la subversiva. Allí salió la justicia maltrecha y perdió sus mejores hombres, de esos que no se han podido recuperar del todo.

De mis cuentos sólo destaco uno, no por ser el mejor ni el menos malo, sino por ser el más triste de todos: “Una clase de historia 1946-2016”, que es un relato duro, escéptico, crudo, descorazonador, y sin esperanzas, porque me duele que en mi país, la PAZ, así con mayúsculas, no sea un acto de fe o sacramental, sino un mero comodín para la bastarda campaña política que se avecina. Aquí él **no** se queda con su odio ancestral y al **sí**, ¡vaya ironía! tampoco le importa porque no es capaz de perdonar del todo.

Como ven, no es mucho lo que puedo contar. Reconozco, en definitiva, que me reí de todo un poco, pero sin ofender a nadie y menos a aquéllos que siendo iguales a mí, no tuvieron las mismas oportunidades y apoyos que yo tuve.

Agradezco a tanta gente. A mi Universidad que me laureó con un tema que hoy no existe, pero que ayer era crucial.

Agradezco al Tribunal Administrativo de Antioquia que me enseñó el ABC del Derecho Administrativo y me señaló la senda.

Agradezco al Consejo de Estado que me cubrió con sus luces y me hizo brillar un poco más rodeado de cálidos amigos.

Agradezco a los Jueces Administrativos porque son la savia de la jurisdicción.

Agradezco a mi familia, sólida, elemental y humana; a mis amigos y a los enemigos que me dieron la razón para la lucha.

Agradezco a Andes y a su Juzgado Civil de Circuito porque al darme la noción de lo justo, me evito el fracaso.

Esto soy yo a la puerta del Alzheimer y del olvido. Gracias mil.

Carlos Betancur J.

Medellín 17 de oct de 2017